

SEGUNDA PARTE.

POR ÓRDEN DEL REY.

LIBRO PRIMERO.

Eterna presencia del pasado.- Los hombres  
reflejan al hombre.

I.

Lord Clancharlie.

—

Se conservaba en esta época una reliquia de los tiempos antiguos; esta reliquia era lord Lineus Clancharlie.

El baron Lineus Clancharlie, contemporáneo de Cromwell, era uno de los pocos pares de Inglaterra que aceptaron la república; esta aceptación pudo tener su razón de ser y explicarse por haber triunfado momentáneamente la república, pues era fácil de comprender mientras esta forma de gobierno imperaba.

Pero después de terminarse la revolución y de caer el gobierno parlamentario, lord Clancharlie había persistido en sus mismas ideas. Fácil le hubiera sido al noble patricio formar parte de la Cámara Alta, reconstituida: los arrepentimientos se reciben con aplauso en las restauraciones, y Carlos II era un buen príncipe para los que querían abrazar su partido; pero lord Clancharlie no comprendió lo que se debe á los acontecimientos. Mientras que la nación aclamaba al rey, al tomar posesión de Inglaterra; mientras la unanimidad pronunciaba su veredicto; mientras se verificaba el saludo del pueblo á la monarquía; mientras que realzaba á la dinastía palinodia gloriosa y triunfal, en el momento en que el pasado se convertía en porvenir y el porve-

nir se convertía en pasado, dicho lord era refractario á esta institución. Volvió la cabeza para no ver tanta alegría y se desterró voluntariamente; pudiendo ser par, prefirió ser proscripto, transcurriendo así los años y envejeciendo siempre leal á la república muerta. Por eso se había atraído el ridículo que recae naturalmente sobre esta clase de puerilidades.

Se retiró á la Suiza y vivía en una especie de inmensa ruina á la orilla del lago de Génova. Eligió esta morada en el más áspero rincón del lago entre Chillon, donde está el calabozo de Bounivard, y entre Vevey, donde está la tumba de Ludlow. Los Alpes severos, llenos de crepúsculos, de vientos y de nubes, le envolvían, y él vivía allí perdido entre las inmensas tinieblas que caen de aquellas montañas. Rara vez le encontraba un transeunte. Este hombre estaba fuera de su país y casi fuera de su siglo. En aquellos momentos, para los que estaban enterados de los asuntos de su época, no era justificable resistir á las coyunturas. Inglaterra era dichosa; la restauración es la reconciliación de dos esposos; el príncipe y la nación habían acabado de tener lecho separado; esto era muy satisfactorio: la Gran-Bretaña estaba radiante de júbilo; es gran cosa tener rey, pero vale aun mucho más tener rey agradable. Carlos II era amable, hombre de placer y de gobierno y grande á la manera de Luis XIV; era un gentleman y un gentil-hombre; le admiraban sus vasallos; hizo la guerra á Hannover, sabiendo ciertamente por qué, pero sabiéndolo él solo; vendió Dunkerque á la Francia, que fué operación de alta política; los pares demócratas, de los que Chamberlayne dijo: "La maldita política infesta con su aliento pútrido á muchos

miembros de la alta nobleza, tuvieron el buen sentido de rendirse á la evidencia, de ser de su época y de volver á tomar asiento en la Cámara noble, y para esto les bastó prestar al rey juramento de alianza. Mientras todos pensaban en estas realidades, en el próspero reinado, en el excelente rey, en los augustos príncipes concedidos por la misericordia divina para la felicidad de los pueblos; cuando personajes importantes, como Monk y Jeffreys, se aliaron al trono y fueron recompensados con justicia, por su lealtad y su celo, con magníficos destinos y con funciones lucrativas (todo lo cual sabia lord Clancharlie, pues solo dependió de él mismo participar de esos honores); mientras la Inglaterra se engrandecía y, gracias á su rey, llegaba al colmo de la prosperidad; mientras en Lóndres no habia más que fiestas y carrousels y todo el mundo estaba entusiasmado y nadaba en la opulencia, si se distinguía por casualidad, lejos de dichos esplendores, en un semi-día lúgubre parecido á la caída de la tarde, á un viejo, vestido con el traje del pueblo, pálido, distraído, encorvado y de pié á la orilla del lago, indiferente á la tempestad y al invierno, andando al acaso, con la mirada fija, con los blancos cabellos sacudidos por el viento, silencioso, solitario y pensativo, era difícil que todo el mundo no se sonriera al verle, porque ofrecía á la vista la silueta de un loco.

Pensando en lo que lord Clancharlie era y en lo que pudo ser, sonreirse al verle era manifestarle indulgencia. Algunos se le reían en sus narices; otros se indignaban.

Se comprende que chocase á los hombres sérios la insolencia de su aislamiento.

Circunstancia atenuante: lord Clancharlie jamás tuvo talento. Todo el mundo opinaba así.

Se vé con desagrado á los hombres tercos y obstinados; la opinion pública no se complace en tropezar con Régulus que excitan su ironía, porque esas terquedades se parecen á reproches, y hay que reirse de ellos.

Además, esas enterezas, esas obstinaciones, son virtudes? ¿No hay en esos anuncios excesivos de abnegacion y de honor mucha parte de ostentacion? ¿No son más aparentes que reales? ¿Por qué esas exageraciones de soledad y de destierro? No extremar nada es la máxima

del sábio. Quereis hacer la oposicion? hacedla; vituperad lo que os parezca, pero decentemente y gritando: ¡Viva el rey! La verdadera virtud consiste en ser razonables. Lo que cae debió caer, lo que triunfa debió triunfar. La Providencia tiene sus motivos y corona al mérito. ¿Teneis la pretension de conocerlo mejor que ella? Cuando las circunstancias se pronuncian, cuando un régimen reemplaza á otro y cuando el éxito hace el descuento de lo verdadero y de lo falso, no cabe tener dudas y el hombre honrado se alía á lo que prevalece, aunque esto ofrezca utilidades á su fortuna y á su familia, sin dejarse influir por esta consideracion y sin pensar más que en la cosa pública y en ayudar con todas sus fuerzas al vencedor.

¿Qué sería del Estado si nadie consintiera en servirle? Se pararian todos los servicios. Conservar el destino es ser buen ciudadano. Es preciso sacrificar las preferencias secretas. Es indispensable que alguno desempeñe los destinos, es menester que alguno se sacrifique. Ser fieles á las funciones públicas es ser leales. La retirada de los funcionarios paralizaria el Estado. Si os desterrais, es una lástima. Si es por dar ejemplo, entonces es vanidad; si es como reto, es una audacia, porque os creéis un gran personaje: sabed que valemós tanto como vos y que no desertamos. Si quisiésemos seríamos tambien intratables é indomables y aun obraríamos peor que vos, pero preferimos ser personas inteligentes. Porque yo sea Trimalcion, no os figureis ser un Caton.

Nunca hubo una situación tan despejada y tan decisiva como la de 1660, y jamás se indicó á las personas de buen sentido con más claridad la conducta que debían seguir.

La Inglaterra estaba ya libre del poder de Cromwell. En la época de la república se produjeron muchos hechos irregulares. Se creó la supremacía británica; con la ayuda de la guerra de los Treinta años dominó á la Alemania; con la ayuda de la Fronda abatió á Francia; con la ayuda del duque de Braganza empujó á España. Cromwell domesticó á Mazzarino: en los tratados, el protector de Inglaterra firmaba encima del rey de Francia; puso á las Provincias Unidas la multa de ocho millones de francos; molestó á Alger y á Túnez, conquistó la Jamaica, humilló á

Lisboa, excitó en Barcelona la rivalidad francesa y en Nápoles alentó á Massaniello; amarró el Portugal á Inglaterra, hizo desde Gibraltar á Candia una barriada barbaresca, y fundó la dominacion marítima con el doble apoyo de la victoria y del comercio—el 10 de Agosto de 1652, el hombre que ganó treinta y tres batallas, el viejo almirante que se calificaba á sí mismo de *Abuelo de los marineros*, Martin Happertz Tromp, batió á la flota española, que fué destruida por la flota inglesa;—hizo retirar del Atlántico á la marina española, del Pacífico á la marina holandesa, del Mediterráneo á la marina veneciana, y por medio de acta de navegacion tomó posesion del litoral universal; por el Océano se enseñoreaba del mundo; el pabellon holandés saludaba humildemente en el mar al pabellon británico; Francia, representada por el embajador Mancini, hacia genuflexiones ante Oliverio Cromwell; éste jugaba con Calais y con Dunkerque como una pala con dos volantes; hizo temblar el continente, dictó la paz, decretó la guerra, sobresaliendo en todas partes la bandera inglesa; solo el regimiento de cotas de hierro del protector pesaba, para atemorizar la Europa, tanto como una armada; Cromwell decia: *Quiero que se respete la república inglesa como se respetó la república romana*, y no hubo nada tan sagrado; la palabra era libre, la prensa tambien; cada uno decia en las calles lo que pensaba en alta voz; se imprimia lo que se queria sin censura; estaba roto el equilibrio de los tronos y trastornado todo el orden monárquico europeo, del que formaban parte los Estuardos.

Cárlos II, indulgente, hizo la declaracion de Breda. Concedió á Inglaterra el olvido de esa época, en la que el hijo de un cervecero de Huntingdon puso el pié sobre la cabeza de Luis XIV. La Inglaterra dijo el *mea culpa* y respiró. La satisfaccion de los corazones era completa, como acabamos de decir, y las horcas de los regicidas se confundian con la alegría universal. La restauracion es una sonrisa, pero no la sienta mal algun patíbulo para satisfaccion de la conciencia pública. El espíritu de disciplina estaba relajado y se reconstituia la lealtad; ser buenos vasallos era desde entonces la única ambicion; estaban arrepentidos de las locuras de la política, se mofaban de la revolucion y se burlaban de la república y de aquellos tiempos singulares, en los que nunca caian de la

boca las palabras sacramentales: *Derecho, Libertad, Progreso*, riéndose de estas énfasis. El retorno al buen sentido era admirable; la Inglaterra habia delirado y era una felicidad que hubiesen terminado sus delirios. ¿Habia nada tan insensato? ¿Dónde iríamos á parar si cualquiera tuviese derechos? ¿Se cree todo el mundo que puede gobernar? ¿Cómo se concibe una ciudad regida por ciudadanos? Los ciudadanos son los tiros de caballos, pero no son el cochero. ¿Quereis que floten los Estados como las nubes? El desórden no puede constituir el órden. Si el caos es el arquitecto, el edificio será una Babel. Además, que es tiranía esa falsa libertad. Yo quiero divertirme y no gobernar. Votar me fastidia; prefiero bailar. Es una providencia un príncipe que se encarga de todo. Es muy generoso el rey que se toma por nosotros este trabajo; despues está acostumbrado á eso y sabe lo que es, es su oficio. La paz, la guerra, la legislacion, la hacienda, ¿importan acaso al pueblo? Sin duda alguna es necesario que el pueblo pague y que el pueblo sirva; pero esto debe bastarle, porque una parte de él se dedica á la política, y de esa parte salen las dos fuerzas del Estado, el ejército y el presupuesto; ser contribuyente y ser soldado, ¿no es suficiente? ¿Qué necesidad tiene de ser nada más? Es el brazo militar y el brazo de la hacienda, desempeña magnífico papel; por él reinan y es preciso que retribuya este servicio; el impuesto y la lista civil son los salarios que satisfacen el pueblo y que ganan los príncipes. El pueblo dá su sangre y su dinero para que se le gobierne; querer manejarse á sí mismo es un absurdo, porque necesita un guia. El pueblo, como es ignorante, es ciego. El ciego lleva un perro que le guie, pero el pueblo tiene un leon que consiente en ser perro. ¡Es muy bondadoso!... Pero, ¿por qué el pueblo es ignorante? Porque es preciso que lo sea. La ignorancia es la guardiana de la virtud; no viendo perspectivas, no tiene ambiciones; el ignorante vive en una noche útil, en la que, suprimiendo la mirada, se suprimen las concupiscencias; de esto nace su inocencia. El que lee piensa, y el que piensa raciocina. No raciocinar es un deber, como es tambien una felicidad. Estas verdades son incontestables y la sociedad se asienta sobre ellas.

Pensando así fué como en Inglaterra se establecieron las doctrinas sanas; así se rehabilitó la nacion. Al mismo tiem-

po se volvió á acudir á la amena literatura. Desdeñaban á Shakespeare y admiraban á Dryden. *Dryden es el mejor poeta de Inglaterra y de su siglo*, decía Atterbury, el traductor de *Achitophel*. Esta fué la época en la que Mr. Huct, obispo de Arranches, escribió á Saumaise, que había dispensado el honor al autor del *Paraiso perdido* de refutarle y de injuriarle:—*¿Por qué os ocupais de autor tan insignificante como Milton?* Dryden subía y Shakespeare bajaba; Carlos II en el trono y Cromwell en la horca. Inglaterra se arrepentía de la vergüenza y de las extravagancias del pasado, y es un gran honor para las naciones ser encarriladas por la monarquía en el buen orden en el Estado y en el buen gusto en las letras.

Que tales beneficios pudieran desconocerse, era difícil de creer. Volver la espalda á Carlos II, recompensar con la ingratitud la magnanimidad de haber subido al trono, era entonces abominable. Lord Lineus Clancharlie apesadumbraba á las gentes honradas. Disgustarse de la felicidad de la patria era una aberración.

En 1650 el Parlamento decretó esta fórmula:—“Prometo permanecer fiel á la república, sin rey, sin soberano y sin señor.”—Bajo el pretexto de haber prestado ese juramento monstruoso, lord Clancharlie vivía fuera del reino, y á pesar de la felicidad general se creyó en el derecho de estar triste. Poseía la sombría estimación de lo que no existía ya, extraña lealtad conservada á lo desvanecido.

Excusarle era imposible; los más benévulos le abandonaban. Sus amigos le hicieron el honor de creer durante mucho tiempo que si entró en las filas republicanas, fué por ver de más cerca los defectos de la coraza de la república y por herirla con más seguridad, cuando llegase su día, en provecho de la causa sagrada del rey; esperar la hora útil para matar al enemigo por detrás, es también una de las cláusulas de la lealtad. Esto esperaban de lord Clancharlie; ¡tan inclinados estaban á juzgarle favorablemente! Pero al ver su extraña persistencia en el republicanismo, tuvieron que renunciar á tener tan buena opinión de él. En efecto, lord Clancharlie era un hombre convencido, esto es, un idiota.

La explicación de los indulgentes flotaba entre la obstinación pueril y la terquedad senil. Los severos, los justos,

iban más lejos. Calumniaban al relapso. La imbecilidad tiene sus derechos, pero también sus límites. Se puede ser bruto, pero no rebelde: después de todo, ¿qué era lord Clancharlie? Un tráfuga. Abandonó su campo, que era la aristocracia, para pasarse al campo opuesto, al pueblo. Ese fiel era un traidor; verdad es que era traidor al más fuerte y leal al más débil; verdad es que repudiaba el campo del vencedor; verdad es que su traición le hacía perder sus privilegios políticos, su hogar doméstico, su patria y su patria; que con ella se ponía en ridículo y que no sacaba más beneficio que el del destierro; pero todo esto, ¿qué prueba? Que era un necio. Concedido.

Traidor y víctima al mismo tiempo; esto se vé pocas veces.

Se puede ser necio, pero sin dar malos ejemplos; á los necios solo se les exige ser honrados, y siéndolo, pueden pretender ser sostenidos de las monarquías. La torpeza de Clancharlie no era imaginable. Le deslumbró la fantasmagoría revolucionaria; se dejó meter dentro de la república y estaba fuera de ella. Afrentaba á su país, porque era pura felonía su actitud. Estaba ausente y esto era injurioso, porque parecía que huía de la pública felicidad como de una peste. En su voluntario destierro buscaba refugio contra la satisfacción nacional y trataba á la monarquía como contagiosa. Sobre la alegría monárquica, que denunciaba como á un lazareto, extendía su bandera, su bandera negra. ¿Por qué, cuando se ha reconstituido el orden, se ha salvado la nación y la religión se ha restaurado, ostentar el semblante triste y sombrío? ¿Por qué lanzar su sombra ante la luz? ¡Entristecerse porque Inglaterra está contenta! ¡Ser un punto oscuro en el cielo azul! ¡Ser como una continua amenaza! ¡Protestar contra el deseo de la nación! ¡No otorgar un sí al consentimiento universal! Esto sería odioso si no fuera bufo. Lord Clancharlie no se quiere convencer de que es posible alucinarse con Cromwell, pero que se debe obrar como Monk. Monk mandó el ejército de la república; estando Carlos II en el destierro y enterado de la probidad de aquel, le escribió; Monk, que concilia la virtud con los comportamientos astutos, disimula primero y después, de repente, á la cabeza de las tropas, acaba con el Parlamento faccioso, restablece la monarquía y es nombrado duque de Albermarle; tiene la honra de salvar la sociedad, se hace muy rico y

notable y tiene en perspectiva su enterramiento en Westminster. ¡Tal es la gloria de un inglés leal! Lord Clancharlie no pudo elevarse hasta la inteligencia del deber practicado de esa manera; tenía la infatuación y la inmovilidad del destierro. Se satisfacía con frases huecas. Las palabras conciencia, dignidad, etc. etc., después de todo solo son palabras y es preciso conocer su fondo.

Su fondo no lo conocía Clancharlie; su conciencia era miope y quería, antes de practicar una acción, mirarla muy de cerca y olfatearla, y de esto nacían sus disgustos absurdos. Con semejantes delicadezas no se puede ser hombre de Estado. El exceso de conciencia degenera en imperfección. El escrúpulo es manco cuando se trata de asir un espectro y es eunuco cuando se trata de casarse con la fortuna; desconfiad de los escrúpulos, porque os llevarán muy lejos. Se desciende en la fidelidad irrazonable como por la escalera de un subterráneo; un escalon tras otro os conduce á la profunda oscuridad; los hábiles la vuelven á subir; los inocentes permanecen allí dentro. No hay que bajar, porque sino, de matiz en matiz se llega á los más oscuros del pudor político y entonces el hombre está perdido. Eso es lo que le sucedió á lord Clancharlie. Los principios acaban por ser un abismo.

Solo consiguió pasearse, con las manos atrás, á lo largo del lago de Génova.

Algunas veces se hablaba en Londres de este ausente; ante la opinión pública era casi, casi un acusado; pleiteaban en pró y en contra de él y, fallada su causa, le otorgaban unos y otros el beneficio de la estupidez.

Muchos de los antiguos partidarios de la ex-república se habían adherido á los Estuardos; á éstos se les elogiaba, y éstos eran los que naturalmente calumniaban á lord Clancharlie, pues los tercios importunan á los complacientes. Personas de talento, bien vistas y bien empleadas en la corte, á las cuales hería su desagradable actitud, decían voluntariamente:—“Si no se hace monárquico, es porque no se lo pagan bien, etc. Pretendía la plaza de canciller, que el rey concedió á lord Hyde,” etc.—Uno de sus antiguos amigos hasta se atrevió á añadir:—“Me lo dijo él mismo.” Algunas veces, á pesar de su soledad, lord Clancharlie sabía algo de lo que de él se murmuraba en Londres por los proscriptos que encontraba, ó por antiguos regicidas, tales como Andrew Bronghton, que habitaba en

Lausanne. Clancharlie se limitaba á levantar imperceptiblemente los hombros, signo de profundo embrutecimiento. Una de las veces, al levantamiento de hombros, añadió estas palabras en voz baja: “Compadezco á los que creen todo eso.”

## IV.

Carlos II, que era un buen hombre, le despreció. La felicidad de Inglaterra bajo el reinado de Carlos II era más que felicidad, era encantamiento. La restauración es un cuadro viejo que se retoca y se barniza de nuevo, y en el que todo lo que había reaparece. Volvían las antiguas costumbres, y las mujeres hermosas reinaban y gobernaban. Evelyn tomó estos apuntes, y se lee en su diario: “Lujuria, profanación, desprecio de Dios. Yo ví un domingo por la noche al rey con sus concubinas la Portsmouth, la Cleveland, la Mazarin y dos ó tres más, todas ellas casi desnudas en la galería del juego.” Se conoce que el pintor estaba malhumorado, pero Evelyn era un puritano gruñón, ingerto en republicano idealista. No sabía apreciar el provechoso ejemplo que dan los reyes con esas grandes alegrías babilónicas, que, después de todo, sirven para alimentar el lujo; no comprendía la utilidad de los vicios, y desconocía esta máxima: “No extirpeis los vicios si queréis tener mujeres fascinadoras, porque sino os pareceréis á los imbeciles que destruyen las orugas por miedo á apasionarse de las mariposas.”

Carlos II apenas se apercibió, como acabamos de decir, de que existía un lord refractario á la monarquía llamado Clancharlie; pero Jacobo II sí. Carlos II gobernó con suavidad, esta era su manera, y debemos decir que no gobernó mal. El marino algunas veces hace á una cuerda, destinada á enseñorearse de los aires, un nudo flojo, que deja que apriete el viento; tal es la bestialidad del huracán y la del pueblo. Dicho nudo flojo se convirtió en breve en nudo fuerte; tal fué el gobierno de Carlos II.

En el reinado de Jacobo II comenzó su compresión; compresión necesaria de lo que quedaba de la revolución. Jacobo II tuvo la loable ambición de ser un rey eficaz; el reinado de su antecesor solo fué para él un bosquejo de restauración, y quería restablecer un orden más completo aun. Deploró en 1660 que se hubiese limitado á ahorcar á diez regicidas. Fué un verdadero reconstructor

de la autoridad; dió vigor á los principios sérios, hizo reinar la verdadera justicia; que está por encima de las declamaciones sentimentales y que se preocupa ante todo de los intereses de la sociedad. En esas severidades protectoras se reconoce al padre del Estado. Confió la mano de la justicia á Jeffreys y la espada á Kirke. Kirke multiplicaba los ejemplos. Este útil coronel hizo un día colgar y descolgar tres veces seguidas al mismo republicano, preguntándole cada vez:—Abjuras de la república? Como el malvado dijo siempre que no, fué ahorcado.—*Le he ahorcado cuatro veces*, decía Kirke satisfecho. La renovación de los suplicios son signo de fuerza en el poder. Lady Lyle, á pesar de haber enviado á su hijo á la guerra contra Montmouth, por haber ocultado dos rebeldes en su casa fué condenada á muerte. Otro rebelde, que tuvo la honradez de declarar que una mujer anabaptista le había dado asilo, fué perdonado, pero la mujer fué quemada viva. Kirke hizo comprender un día á una ciudad que sabía que era republicana, ahorcando á diez y nueve de sus vecinos. Reprensiones ciertamente legítimas, cuando se recuerda que en los tiempos de Cromwell se cortaban las narices y las orejas á los santos de piedra de las iglesias. Jacobo II, que supo elegir á Jeffreys y á Kirke; era un príncipe imbuido en la verdadera religión; se mortificaba con la fealdad de sus queridas y oía los sermones del padre la Colombiere, predicador que era casi tan craso como el padre Cheminai, pero con más fuego, y que obtuvo la gloria de ser en la primera mitad de su vida consejero de Jacobo II y durante la segunda inspirador de María Alacoque. Gracias á este fuerte alimento religioso, más tarde pudo Jacobo II soportar dignamente el destierro, y en su retiro de Saint-Germain dar el espectáculo de un rey superior á la adversidad, rascándose los tumores que le salieron en el cuello y conversando con los jesuitas.

Compréndese que tal rey debió hasta cierto punto preocuparse de un rebelde como lord Clancharlie. Las pairías, hereditariamente transmisibles, contenían cierta cantidad de porvenir, y era evidente que había que tomar alguna precaución por esta parte contra dicho lord, y que Jacobo II no vacilaría en tomarla.

## II.

Lord David Dirry-Moir.

## i.

Lord Lineus Clancharlie no fué siempre viejo y proscripto. Tuvo su fase de juventud y de pasión. Se sabe, por Harrison y por Pride, que Cromwell cuando era joven era amigo de la mujer y de los placeres, lo que á veces anuncia á un sedicioso. *Male precinctum juvenem cavete*.

Lord Clancharlie tuvo, como Cromwell, sus incorrecciones y sus irregularidades. Se le conocía un hijo natural, un hijo que vino al mundo en el momento en que terminaba la república y que nació en Inglaterra cuando su padre partió para el destierro; por eso él no conoció á su padre. El bastardo de lord Clancharlie creció, siendo paje de la corte de Carlos II. Se llamaba lord David Dirry-Moir; era noble de corte, porque su madre fué mujer de calidad. Esta, mientras Clancharlie se convertía en buho en Suiza, siendo como era hermosa, tomó el partido de no incomodarse, y consiguió que el segundo amante le perdonase haber tenido el primero, porque aquel era tan realista, que fué el mismo rey. Fué querida de Carlos II el tiempo suficiente para que su majestad, muy contento por haber arrancado una mujer hermosa á la república, diese al pequeño lord David, hijo de su manceba, una comisión de la guardia noble, lo que obligó al bastardo oficial á comer en la corte y á ser estuardista ardiente. Lord David, uno de los ciento setenta y dos que usaban espada grande, después entró en la orden de los Pensionarios, y fué uno de los cuarenta que pueden llevar partesana dorada. Gozaba además, desde que pertenecía á esta tropa noble, instituida por Enrique VIII para su custodia, el privilegio de poner los platos en la mesa del rey. De este modo, mientras su padre encanecía en el destierro, prosperaba lord David en el reinado de Carlos II, como también prosperó en el de Jacobo II.

El rey ha muerto: viva el rey! es el *non deficit alter aureus*. Al advenimiento al trono del duque de York obtuvo permiso para llamarse lord David Dirry-Moir, por una señoría que su madre, que acababa de morir, le había legado en un gran bosque de Escocia.

## ii.

El rey Jacobo II tenía la pretensión de ser general, y le gustaba que le rodeasen oficiales jóvenes. Con frecuencia se presentaba en público á caballo, con casco y coraza y con grande y desbordada peluca, como una especie de estatua ecuestre de la guerra imbécil. Cobró verdadera amistad al joven lord, que le manifestaba gran sentimiento de ser hijo de un republicano, porque renegar de su padre es un medio para no perjudicarse al empezar á tener fortuna. El rey hizo á lord David gentil-hombre de la cámara del lecho, con mil libras de asignación.

Era un gran adelanto: su destino le obligaba á acostarse todas las noches cerca de la cama del rey. Había doce gentiles-hombres de esta clase que se relevaban unos á otros.

Lord David, ya instalado en el empleo, fué el jefe de las caballerizas del rey, el que daba la avena á los caballos y cobraba doscientas sesenta libras al año. De él dependían los cinco cocheros del rey, los cinco postillones, los cinco palafreneros, los doce criados y los cuatro que llevaban la silla de manos. El gobernaba á los seis caballos de carrera, que el rey mantenía en Haymarket y que costaban seiscientas libras cada año. Tenía á su cuidado el guardarropa del rey, que proveía de trajes de ceremonia á los caballeros de la orden de la Jarretiere. Le hacía siempre profundo saludo el ujier de la vara negra, que es el del rey; este ujier, en tiempo de Jacobo II, era el caballero Duppa. La magnífica corte de Inglaterra era un modelo de hospitalidad; lord David presidía, como uno de los doce, las mesas de recepción. Tuvo la honra de estar de pie detrás del rey los días de ofrenda, cuando éste dá á la Iglesia el besante de oro; los días de collar, cuando el rey lleva el collar de su orden, y los días de comunión, cuando nadie comulga más que el rey y los príncipes. El Jueves Santo era el que introducía ante su majestad á los doce pobres, á los que el rey daba tantos *sous* de plata como años de vida tenía, y tantos schelines como años llevaba de reinado. Cuando el rey estaba malo, á él le tocaba llamar á los dos sacerdotes limosneros de palacio para que asistiesen al rey é impedir que se le acercasen los médicos sin permiso del Consejo de Estado. Además era teniente coronel del regimiento escocés de la Guardia

real, que toca la marcha de Escocia.

Como teniente coronel hizo muchas campañas, y con gloria, porque era bravo para la guerra, al mismo tiempo que gentil, de nobles ademanes y generoso; su figura indicaba su calidad; era alto de talla y alto de nacimiento.

Hubo un momento en que estuvo á punto de ser nombrado *groom of the stole*, empleo que concede el privilegio de poner la camisa al rey, pero que para obtenerle es preciso ser príncipe ó par.

Crear un par es difícil, porque es crear una pairía, que siempre causa celos; es un favor que hace el rey á un amigo, pero atrayéndose cien enemigos, sin contar con que el amigo se convierta en ingrato. Jacobo II, por política, creaba pairías con mucha dificultad, pero las transfería fácilmente; transferirlas no perjudica á nadie, y no se perturba la *lordship* (1).

La voluntad real no repugnaba introducir en la Cámara Alta á lord David como sustituto de una pairía: su majestad deseaba tener ocasión de que David Dirry-Moir, lord de corte, llegase á ser lord de derecho.

## iii.

Esta ocasión se presentó.

Se supo un día en Londres que el ausente anciano lord Lineus Clancharlie había fallecido; la muerte hace que se ocupen las gentes de los que acaban de abandonar el mundo, y refirieron lo que sabían y lo que habían oído decir de los últimos años de la vida del lord republicano. Conjeturas, cuentos y habladurías probablemente. Si se dá crédito á la aventurada chismografía, lord Clancharlie, en los últimos años de su existencia, tuvo tal recrudescencia republicana, que llegó hasta casarse con la hija de un regicida, Ann Bradshaw—porque hasta citaban el nombre,—la que murió también, pero dando á luz un niño, y si eran ciertos estos detalles, este sería el único hijo legítimo y heredero legal de lord Clancharlie; pero semejantes habladurías no tenían fundamento. Lo que entonces sucedía en Suiza estaba tan lejos de Inglaterra, como está hoy para ella lo que sucede en la China. Lord Clancharlie tenía cincuenta y nueve años cuando se casó y sesenta cuando nació su hijo, y aquel murió poco después, dejando al niño huérfano de padre y madre; eso es posible sin duda, pero invero-

(1) El cuerpo de los lores.